

puertas del cielo, y estad inconsolables! Porque mis hijos han hecho dos grandes males! Me han abandonado, á mí que soy una fuente de agua viva, y han penetrado en cisternas fangosas que no pueden retener el agua que se les confia... Se verifican verdaderamente sobre la tierra cosas extrañas, y que sólo se pueden escuchar con admiracion... El milano conocia en el cielo cuando era venido su tiempo; la golondrina y la cigüeña saben discernir la época de su traslado. y mi pueblo no conoció el tiempo de mi juicio... Yo he alimentado hijos, y despues de esto me han despreciado. El buey conocia á aquel á quien pertenecia, y el asno el establo de su amo; pero mis hijos no me han conocido... Han sacudido mi yugo, han roto mis ligaduras y han dicho: ¡Yo no serviré... ¿Es á mí á quien irritan? dice el Señor. ¿No se hieren antes ellos mismos cubriéndose de confusion?... Cuántas veces yo he dicho: ¡Llamadme, pues, al menos ahora, é invocadme! Decidme: Vos sois mi Padre. No dejéis pasar el día de mi misericordia; buscad al Señor mientras se le puede encontrar; invocadle mientras está próximo; convertíos, volved á vuestro Padre, y yo curaré el mal que os habeis hecho alejándoos de mí. Porque son vuestras iniquidades las que han apartado mis gracias, y vuestros pecados los que se han opuesto al bien que queria haceros. ¡Cuántas veces he dicho á los ministros de mi justicia: Instruid, instruid todavía! Esperad, esperad todavía! Vosotros os habeis obstinado en decir: ¡Yo estoy sin pecado, yo soy inocente!... Cuando el fin es venido, venido es el fin... Entraré en juicio con vosotros. Vuestra propia malicia os acusará: de en medio de vosotros haré salir el fuego que devore vuestras entrañas... Entonces la afliccion os dará la inteligencia, y toda iniquidad cerrará la boca al malo, forzado á decir: ¡Ay! cuán desgraciado soy; mi llaga es maligna é incurable; yo soy la única causa de mi mal, y es justo que yo sufra por esto.»

¿Qué hacen en presencia de este lenguaje evidentemente divino? Callarse, temblar y adorar.

*Capítulo trigésimo séptimo.*—La Iglesia.—Fuera de la Iglesia no hay salvacion.—La Iglesia y la civilizacion.—La civilizacion sin la Iglesia es la barbarie.—La Iglesia y el Estado.—El poder temporal del Papa.—La Iglesia. *Definicion y mision de la Iglesia.*—La Iglesia, segun la definicion de san Pablo, es el cuerpo místico de Jesucristo. Este cuerpo tiene su organizacion armónica perfecta, con distincion de órdenes y funciones, formando una jerarquía celestial y terrestre á la vez.

Cristo, la cabeza de este cuerpo, habita en los cielos, desde donde hace vislumbrar los torrentes de su luz divina. El sucesor de Pedro, jefe visible de la Iglesia, es el primero á quien iluminan sus rayos. Sus labios, órganos del Espíritu Santo, se abren para promulgar los decretos de la sabiduria eterna.

Inferiores á este Jefe supremo, unidos á él por lazos sagrados, hay nobles órganos, cuyas múltiples funciones concurren á difundir la vida divina del divino Salvador.

Porque Jesucristo, la cabeza, es uno, la Iglesia es una, y porque Jesucristo es santo, la Iglesia es santa; santa en su origen y en su fin; santa por el Espíritu que la inspira y por las virtudes que florecen al soplo de este Espíritu: santa en su doctrina y sus preceptos; santa en la eleccion de sus hijos.

Jesucristo es el camino, la verdad y la vida; luego la Iglesia sola, con exclusion de otra institucion, es el camino que conduce á la verdad sin sombra y á la vida sin vejez. Quien no la tenga por madre, quien no es alimentado por su leche, vestido por sus manos virginales y maternales con la blanca túnica del Cordero, no tiene á Dios por padre, no entrará en la sala del festin, no se sentará á la mesa de los hijos de la familia...

Jesucristo tenia que hacer una obra grande y esencial, tenia por mision librarlo, rescatarlo, purificarlo, deificarlo todo. La Iglesia, irradiacion y dilatacion de Jesucristo, es por esto mismo universal y católica. Todos los tiempos



así como todos los lugares están en ella. En cualquier paraje que ponga el pié está en su propio dominio; toda la raza de los hijos de Adán le ha sido dada en herencia; tiene la carga de la humanidad toda entera. Las naciones y los pueblos no tienen el derecho de mantenerse en la vida de simple naturaleza, sometidos á las solas leyes de la razón: como los individuos, deben aceptar con la revelación una forma de vida superior y sobrenatural, que, lejos de absorber su existencia natural, la engrandece, la ennoblece y la corona...

Pero ¿cómo se realizará esta toma de posesion de la humanidad por la Iglesia? Una palabra fué dicha, poderosa y fecunda como la palabra de Dios: «¡d, enseñad á todas las naciones! Conquistaréis las almas por las almas; las sociedades por las sociedades, y hasta el suelo sobre el cual se apoyan. Y conquistaréis todo esto no para dominar al modo de los déspotas de la tierra, sino para incorporar al género humano.»

La Iglesia, para ejecutar la órden que recibió, tiene derecho á la libertad de sociedad y de la palabra; libertad plena y entera, sin restriccion, libertad que no tiene que pedir á los poderes temporales, sino que es de derecho absoluto y divino. No más obstáculos, no más trabas: es necesario que la Iglesia sea libre; y para hacerla libre, Dios que quiere salvar al mundo pondrá en ella la fuerza de su brazo...

*La Iglesia es una sociedad y una sociedad perfecta.*—La Iglesia es una sociedad, esto es, una multitud de séres inteligentes y libres, unidos en la prosecucion de un mismo fin. Miembros de la Iglesia, no somos unidades aisladas, arrojadas al acaso por todos los puntos del globo, dependiendo únicamente de nosotros mismos, entregados á nuestras propias fuerzas ó más bien á nuestra debilidad. Formamos una sociedad universal é inmensa... Esta sociedad, la Iglesia, es divina, espiritual, sobrenatural; pero, sin embargo, por los miembros que recluta, por las relaciones exteriores que traba entre ellos y con ellos, por los

medios sensibles que emplea, es una sociedad humana; vive sobre la tierra; respira en la atmósfera que nos rodea; se desenvuelve en el espacio y en el tiempo; es una voz que habla, eco fiel de la voz de lo alto, y que resuena hasta las extremidades del globo; es una mano que se extiende, que gobierna, que bendice, y también que castiga; es la luz, no oculta, sino colocada sobre el candelero; es la ciudad edificada sobre la montaña, expuesta á las miradas y visible para todos; el redil en que deben todos entrar; todos antes de ser sus hijos deben poder reconocerla, distinguirla... Pero ¿cómo distinguirla si no tiene sobre la frente señales inimitables, y la majestad de una corona puesta por una mano divina? Quitad á la Iglesia este brillo, este resplandor, esta visibilidad, y no habrá en ella sociedad religiosa universal ó católica...

Toda sociedad está constituida por el principio que la especifica, la determina, la distingue, la imprime un carácter particular, la dá su fisonomía propia, la caracteriza, en fin, en la jerarquía de las sociedades. Este principio determinante y constitutivo de una sociedad es esencialmente su fin. El fin de la Iglesia es Dios visto en su esencia, Dios poseido en dicha propia para los hombres... Llevar los hombres á este objeto superior, ved su misión.

Toda sociedad implica una organizacion... En la Iglesia hay un pueblo gobernado y un gobierno constituido por mandato divino; gobierno dotado de un poder doble, de un poder de *órden* indeleble, coordinado inmediatamente á la santificacion de las almas por la administracion de los Sacramentos; un poder de *jurisdiccion*, cuyo ministerio es regir el rebaño de Jesucristo, ya sea proponiendo de una manera obligatoria á la inteligencia humana la doctrina de la verdadera fe, ya dirigiendo eficazmente la voluntad humana por los mandamientos propiamente dichos. De aquí tambien una doble jerarquía: jerarquía de Órden y jerarquía de Jurisdiccion.

En la cumbre, el Pontífice romano, el vicario de Jesucristo, Príncipe ó Padre supremo, que posee sobre toda la



Iglesia entera un completo y universal poder llamado PRIMADO.

Inferiores á él están los Obispos, pastores verdaderos y propiamente dichos. Instituidos en la Iglesia para ser los cooperadores del Soberano Pontífice, para participar con él el peso de la solicitud pastoral, tienen, en virtud de la institución divina, la aptitud necesaria para dirigir perfectamente á los fieles, elevados como están al más alto grado de la jerarquía del Orden...

Vienen en seguida los sacerdotes, cooperadores de los Obispos, en virtud de su institución, en la administración de los Sacramentos, con excepción del Orden y de la Confirmación.

La constitución de la Iglesia es una constitución monárquica, la Iglesia es una monarquía... Pero ¿qué monarquía? ¿Absoluta, templada, representativa? Podriase decir con Belarmino, que es una monarquía templada de aristocracia y de democracia. Pero dejemos aquí todos los epítetos; vale más decir, con el concilio de Florencia, cuya definición ha reproducido el del Vaticano, que el Papa posee el pleno poder de gobernar toda la Iglesia.

Esta Iglesia ¿es una sociedad perfecta? Entiéndese por sociedad perfecta, en la lengua del derecho social, una sociedad autónoma, independiente, que se pertenece completamente á sí misma, cuyo fin y medios necesarios para alcanzarlo no están subordinados al fin y á los medios de otra sociedad. Admitida esta definición, la Iglesia es una sociedad perfecta. No depende de la voluntad de los hombres, sino de la voluntad de Jesucristo. Es el reino de Dios sobre la tierra; está libre en derecho de toda sujeción humana; goza soberanamente del triple poder legislativo, judicial, coercitivo, aun para los medios materiales. Porque si considerando su origen es un poder espiritual, es al mismo tiempo una sociedad temporal, pues que en las condiciones del tiempo sus súbditos son hombres hechos de espíritu y materia. En razón misma de su perfección la Iglesia no está de ningún modo sujeta

á la ley universal de mutación; permanece firme é inmutable en medio de este torrente de siglos que arrastra consigo á hombres é imperios. Pero no es la inercia inmutable de la materia, es más bien la viva y fecunda inmutabilidad de Dios.

*La Iglesia es una sociedad viva y fecunda.*—La Iglesia, infaliblemente, es una obra maestra, la obra maestra de Dios. Es viva; se traduce y revela en virtud de una fuerza íntima, secreta, que sale del profundo de su sér y la impele hácia adelante, la vida. Se mueve por sí misma. Habla, y se sabe bien que su palabra no es un puro eco más ó menos retumbante, sino que está animada por el soplo de un pecho vivo. En su andar lleno de gracia, mezclada de majestad, se reconoce una reina. Obra, y en su acción ostenta la señal irrecusable de una gran energía vital que se refleja y por de fuera. La Iglesia está dotada, en una palabra, del movimiento eminentemente espontáneo que es el carácter propio de la vida. Esta vida de la Iglesia es independiente de todos los poderes humanos. Sin duda que, en el transcurso de las edades, ha contraído á menudo alianzas íntimas con los poderes de la tierra. Ella cree y enseña que la unión entre la Iglesia y el Estado está en la naturaleza esencial de las cosas; que esta unión es querida por Dios mismo; que de esta inteligencia cordial resultan grandes bienes para la vida de las almas y de los cuerpos, para la vida de los individuos y de las naciones.

Dice á los gobiernos que la abandonan: No queréis tenderme la mano, no queréis marchar de concierto conmigo y hacer conmigo la gran obra de la civilización cristiana, tanto peor para vosotros. Yo he recibido mi consigna de lo alto. Viviré sin vosotros y á pesar de vosotros. Jamás he estado más viva que cuando, despojada de toda señal exterior, entregada al desprecio de los sabios y á los golpes de la turba sanguinaria, azotada por la lengua mentirosa de calumniadores letrados, ahofeteada por la mano de los servidores, he presentado á los ojos del mundo la noble y sangrienta imagen de Cristo coronado de espi-



nas, que el cobarde próconsul romano entrega á la plebe judía, diciendo: ¡Hé aquí el hombre! Esta es casi mi condición actual. Señalándose exclaman: ¡Hé aquí el enemigo! Y sin embargo, yo estoy viva, bien viva. A mi lado se levantan Iglesias rivales. Hacen en apariencia gran figura sobre esta tierra. Tienen á su servicio el triple poder, el oro que lo compra todo, la fuerza que hace doblegarlo todo, la diplomacia que alcanza lo que quiere. La bandera de Inglaterra, la espada del emperador de Alemania y el cetro del autócrata de todas las Rusias les protegen. ¿Viven? Sin autonomía, sin independencia, sin acción propia, circunscritas en los límites que les ha trazado el dedo del hombre, vergonzosamente encorvadas bajo el yugo, vegetan despreciadas en el deshonor de la servidumbre y en el oprobio de la esterilidad.

La Iglesia católica es viva; tiene la vida en su más alto grado, con sus caracteres distintivos: la unidad y la fecundidad. La vida de la Iglesia es una y siempre idéntica á sí misma; una vida perpétua y una fecundidad inagotable. Una sola fe, un solo bautismo, un solo altar, una sola enseñanza. La Iglesia sola, bajo este punto de vista, ha sometido el pensamiento humano, que, en los espíritus más elevados como en los más humildes, ha vivido de su soplo y se ha alimentado de su palabra. Una sola fe aceptada por millones y millones de hombres, diciendo una misma palabra siempre idéntica á sí misma en los tiempos más diversos y bajo las formas más múltiples, engendrando la unidad de las inteligencias en la adhesión á la misma verdad, la unión de los corazones en un solo y mismo amor de Dios y de nuestros hermanos, la unidad de obediencia en la misma sumisión á una autoridad suprema, llevando en la frente el sello de la autoridad divina é inclinando todas las voluntades humanas, tan rebeldes y tan orgullosas, bajo la majestad de un mismo mandamiento; en fin, unidad de las almas en una misma adoración.

Un altar, siempre el mismo aunque erigido en todos

los puntos del globo. Una víctima, siempre la misma, aunque ofrecida cada mañana en el Oriente, el Occidente, el Septentrión y el Mediodía. Un sacerdocio de todos los tiempos, de todos los lugares, saliendo de su corazón y murmurando con los labios la oración de todos los doctores hijos de Adán, sacando del corazón entreabierto de Jesucristo las olas de la sangre regeneradora, para verterla por los canales de los siete Sacramentos en las agotadas venas de la humanidad.

Cada cuerpo vivo encubre en sus entrañas una fuerza secreta que le dota de cierta inmortalidad; porque, gracias á ella, se puede reproducir en otros cuerpos y hacer salir torrentes de vida hasta las generaciones más lejanas. También Jesucristo ha dado á su Iglesia la gloria de una fecundidad sin ejemplo, que escapa á toda flaqueza y que excede todos los límites. Por su catolicidad y santidad, la Iglesia nos ofrece el doble milagro de una vida universal siempre conquistadora, siempre adornada de hojas, de flores, de frutos.

Catolicidad de vocación: *Os he escogido y os he colocado para que vayáis por todas partes y lleveis frutos, y para que estos frutos persistan.* Catolicidad de misión: *Id y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.*

Esta doble catolicidad de vocación y de misión, de aptitud y de hecho sólo la Iglesia la posee. Así como sólo hay un sol sobre nuestras cabezas que ilumina el mundo con su luz, así también sólo hay una religión abrazando todos los tiempos, todos los lugares, todas las almas, sobreviviendo á todas las generaciones desde hace diez y nueve siglos, adaptándose sucesivamente á todas las razas de la humanidad, respondiendo á todas las necesidades, tomando más y más posesión del espacio, sufriendo aquí y allá pérdidas y decadencias, pero reparando la derrota de hoy por las conquistas de mañana, lanzando hasta las extremas fronteras del mundo las legiones pacíficas y conquistadoras de un apostolado á quien no detiene nin-



gun obstáculo, á quien no espanta ninguna barbarie, á quien no desanima resistencia alguna, que no dice jamás; basta.

Lo que decimos de la catolicidad de la Iglesia, podemos decirlo de su santidad. Posee una santidad íntima, fundamental, que es el principio de su santidad exterior que constituye la substancia de su vida, que le ha sido infundida por Jesucristo. De esta fuente profunda y viva se derraman las aguas fecundantes, que sobre esta tierra henchida de orgullo, manchada por la lujuria, extenuada por el egoísmo, devorada por la sed insaciable de oro, en el seno de esta humanidad sorda por mil pasiones sensuales, engendran las legiones santas.

*La Iglesia es una sociedad necesaria. Fuera de la Iglesia no hay salvación.*—Nada más cierto que esta máxima: Fuera de la Iglesia no hay salvación. Jesucristo ha dicho: «Yo soy el camino, la verdad y la vida.» Luego la Iglesia no es más que la dilatación, el derramamiento de Jesucristo sobre todos los puntos de la duración y del espacio; luego ella es el camino, fuera del cual forzosamente se han de perder; es la verdad que sola ilumina al hombre con una luz brillante é inextinguible; es la vida que conduce hasta la eternidad. Es en efecto la sola Iglesia á la que Jesucristo ha dicho: «Id y enseñad á todas las naciones, bautizándolas; enseñadlas á guardar mis mandamientos: el que crea y sea bautizado será salvado.» La Iglesia es la sala del festín, el redil, el reino, la ciudad, la casa, el cuerpo de Jesucristo. Fuera del festín no hay comida. Fuera del redil no son las ovejas ni amadas, ni defendidas, ni alimentadas. Fuera del reino no hay ciudadanos de los cielos. Fuera de la casa no hay hijos del padre de familia. Fuera del cuerpo no hay miembro vivo. Y esta imágen tan sorprendente (*Juan*, xv, 1 y sig.): «Yo soy la viña; mi Padre es el viñador... vosotros sois los sarmientos. El que habite en mí y yo en él, llevará muchos frutos... si alguno no habitare en mí, será echado fuera como el sarmiento desprendido, y se secará; lo cortarán, lo arrojaron al fuego y arderá.»

Ved bien el dogma: Fuera de la Iglesia no hay salvación, enunciado de la manera más enérgica por el Señor Jesús, que ha amado á los hombres hasta el exceso, hasta el extremo de morir por su salvación, hasta hacerse el compañero perpétuo de su peregrinación, hasta darse á ellos en comida para conducirlos al cielo.

¡Y miserables osarán decir que este dogma es cruel! cuando todo lo grande y santo que ha habido en la humanidad regenerada se ha hecho su eco fiel y sumiso. Escuchemos solamente á san Agustín: «Fuera de la Iglesia católica el hereje puede tenerlo todo, excepto la salvación. Puede tener el honor; puede cantar *aléluya* y responder *amen*; puede guardar el Evangelio; puede, en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, predicar la fe. Pero la salvación solo la encontrará en la Iglesia católica.» (*Sermon v al pueblo de Cesarea*.) En otro lugar se encuentra este bellissimo arranque de su corazón: «Amemos, amemos al Señor Dios como á un padre. Amemos á la Iglesia como á una madre. ¿De qué os sirve confesar al Señor, honrarle, predicarle, si blasfemáis á su Iglesia?» (*Sermon II sobre los Salmos*.) Y esta ruda lección dada á los libre-pensadores y á los apóstoles de la moral independiente de su tiempo, que iban diciendo: NOSOTROS TENEMOS DE DIOS EL SER HOMBRÉS; PERO TENEMOS DE NOSOTROS EL SER JUSTOS. «Tened en cuenta las consecuencias. Si os queda todavía algun sentimiento, espantaos; el que estima llevar de sí mismo frutos no está en la viña; el que no está en la viña no está en Cristo; el que no está en Cristo no es cristiano. Estas son las profundidades y los abismos de vuestro partido.»

«Es preciso escoger, ó la viña ó el fuego.» (*Tratado 82 sobre San Juan*.)

Y este anatema, que parece lanzado contra los eclécticos del siglo xix: «Hubo, pues, ciertos filósofos tratando larga y sutilmente las virtudes y los vicios, dividiendo, definiendo, formulando las razones y las conclusiones más agudas, haciendo sonar por retumbantes trompetas



la sabiduría de que se creían revestidos, osando decir á los otros hombres: Si queréis ser dichosos, seguidnos, afiliaos á nuestra secta. Entran, no por la puerta, sino por la ventana ó á través de la pared; quisieran perder, degollar, matar. *Perdere volebant, mactare et occidere.*»

La razon es aquí su voz á la de la revelacion y de la tradicion. Si la Iglesia es la verdad, ¿puede aceptar lo falso? ¿Acaso la verdad no es de su naturaleza exclusiva é intolerante? ¿Acaso el sí y el no pueden darse la mano y caminar apaciblemente juntos? La Iglesia es, no una religion sino la Religion. Pues ¿cuál es el objeto de la Religion? Renovar las relaciones del hombre con Dios y salvarle. Luego, si lo arrojaís fuera de la Iglesia, lo arrojaís fuera de Dios. El católico dice forzosamente: ¡Fuera de la Iglesia no hay salvacion! El protestante: ¡Fuera de Jesucristo no hay salvacion! El deísta: ¡Fuera de la creencia en Dios no hay salvacion! El ateo ó el materialista, que es el único que no aspira á la salvacion sino á la nada, es de una tolerancia dogmática absoluta, porque para él no hay dogma. Pero si es republicano ó socialista, lo que las más de las veces acontece, dirá á su vez: Fuera de la república ó del socialismo no hay salvacion, y será feroz en su intolerante política.

En cuanto á la objecion de Rousseau tan repetida: «¡Vosotros me anunciáis un Dios nacido y muerto hace dos mil años! ¿Por qué Dios ha hecho acontecer tan lejos y tan tarde un suceso que me queria obligar á aprender?... ¡Venís, decís, á enseñármelo! Pero ¿por qué no habeis venido á enseñarlo á mi padre? ¿Por qué condenar al buen anciano?... Poneos en mi lugar y ved si, por vuestro testimonio, puedo conciliar tanta injusticia con el Dios justo que anunciáis. No, yo no predicaré jamás la intolerancia» (Emilio, libro iv); es ridícula, paradójica, de mala fé. Porque la máxima: Fuera de la Iglesia no hay salvacion, no significa en modo alguno que todos aquellos que han ignorado invenciblemente la historia de la vida y muerte de Jesucristo y su doctrina, los antiguos paga-

nos, las tribus salvajes, los ídólatras de la India y de la China, los mahometanos, los oismáticos y los herejes de buena fé, el buen anciano de Rousseau bajo todas sus formas, muerto sin infraccion voluntaria y grave de las leyes que han conocido, estén por esto fuera de salvacion y condenados. En efecto, relativamente á la Iglesia es preciso distinguir su cuerpo y su alma. El cuerpo de la Iglesia comprende á todos los hombres que desde el origen de los tiempos han vivido en su seno. El alma de la Iglesia comprende á la vez á los justos que, desde el origen de los tiempos, han pertenecido al cuerpo de la Iglesia, y á los infieles que, viviendo fuera de su seno, han creído todas las verdades que han podido conocer, han practicado todo el bien cuya conciencia tenían, y han rendido á Dios con buena fé el culto que creían verdadero.

De esto se saca: 1.º que los gentiles que han vivido fuera del cuerpo de la Iglesia han podido pertenecer á su alma y salvarse; que los herejes y los oismáticos que viven fuera del cuerpo de la Iglesia pueden permanecer á su alma y estar en el camino que conduce al cielo.

Así, pues, el sacerdocio católico al decir: *Fuera de la Iglesia no hay salvacion*, no entrega á los fuegos eternos ni á todos los cristianos separados ni á todos los hombres que no han podido oír el Evangelio. Puédese pertenecer al cuerpo de la Iglesia sin pertenecer á su alma; del mismo modo que se puede pertenecer á su alma sin pertenecer á su cuerpo. Un buen pagano está más cerca del reino de los cielos que un mal católico. El buen pagano tiene por excusa legítima la buena fé. El mal católico no tiene excusa, porque el sol de la verdad ha brillado para él con todo su brillo, y ha cerrado voluntariamente los ojos á la luz.

¡Cuán dulce es pensar que el alma de la Iglesia comprende á todos aquellos que están de espíritu y de corazon con Dios y con Jesucristo; todos aquellos que dicen implícitamente, si no explícitamente, de corazon, si no de boca: «Santificado sea el tu nombre. Venga á nos el tu rei-



no. Hágase tu voluntad.» Porque en esto está, propiamente hablando, el secreto y la ciencia de la salvación.

Aun más, la Iglesia formula anatema contra el que enseñe que se puede ser condenado por no haber podido conocerla; que, por consiguiente, la ignorancia invencible es una causa de condenación; que la fé es la primera de las gracias; que fuera de la Iglesia Dios no concede ninguna gracia, etc., etc. (*Proposiciones condenadas de Bayo.*)

En efecto, la doctrina de la Iglesia es la doctrina de san Pablo: «Dios premiará á cada uno segun sus obras. Dará la vida eterna á los que en las buenas obras buscan la gloria, el honor y la incorruptibilidad. Honor, gloria y paz á todos aquellos que practican el bien, á los judíos, á los gentiles, etc., etc.; porque Dios no hace excepcion de nadie... El que haya pecado sin la ley será juzgado sin la ley. Los que hayan pecado bajo la ley serán juzgados por la ley. La ira de Dios estallará contra aquellos que, habiendo conocido de Dios lo que de Dios puede descubrirse por el conocimiento que de Él nos da la naturaleza; no le han glorificado, sino que se han perdido en vanos razonamientos.» (*Epist. á los Roman.* 1, 2.)

Luego evidentemente la máxima: Fuera de la Iglesia no hay salvación, absolutamente verdadera, dogmáticamente hablando, se traduce, en la aplicacion, por una cuestion de intencion y de buena fé. Y la tolerancia de la Iglesia vá tan lejos como la verdad, como la justicia, como la razon. Vá aun más lejos; porque, despues de haber proclamado que la máxima solo alcanza á aquellos que están voluntaria ó intencionalmente fuera del alma de la Iglesia, si la preguntais quiénes son los que por el vicio de sus intenciones están fuera de la Iglesia y de la salvación, se abstendrá de responderos. Si la instais á que os señale, en todo el universo y en todo el transcurso de las edades, un solo hombre que se haya ciertamente condenado, solo os nombrará á Judas. Si la preguntais la razon de esta tolerancia excesiva, os dirá un célebre orador: «Cual-

quiera que haya sido la patria, la religion, la conducta de un hombre, ante su alma, en el umbral de la eternidad pasan misterios divinos de justicia sin duda, pero tambien de misericordia y amor.»

Se dirá tal vez: Esta doctrina es muy bella, pero la Iglesia la desmiente con su conducta; ¿no lanza todos los dias excomuniones? ¿no formula anatemas contra los infieles, los herejes, y aun contra sus propios hijos?

La excomunion no es de ningun modo un juicio de condenación, y el anatema en manera alguna una maldición. Los rayos de la Iglesia sólo hieren al hombre en el tiempo, y no pasan el umbral de la eternidad. No son lanzados contra el pecador para que perezca, sino para que se convierta y viva.

¿No cierra la entrada de sus iglesias, no rehusa las oraciones y la sepultura eclesiástica á los que no han querido reconciliarse con ella? Las oraciones públicas sobre el féretro, la sepultura eclesiástica, son señales exteriores de religion, rechazadas por el infortunado que se separa libremente del cuerpo de la Iglesia. Si el sacerdote cierra al escándalo la puerta de la iglesia, se arrodilla y ora dentro con fervor y lágrimas por los que fuera le maldicen y por aquel que hace servir sus restos para excitar el odio y el desprecio de la religion. Pereceria el dia en que consintiese en no hacer de sus pompas más que un aparato teatral.

¿Cuán vengada está hoy! Los mismos hombres que querian forzar las puertas de sus iglesias para introducir con estruendo en ellas á los desgraciados que morian renegando la fé con sus blasfemias ó sus obras, se condenan hoy con más estruendo todavía á la sepultura civil, á la ocultacion bajo la tierra. En otro tiempo odiaban á la Iglesia, hoy hacen peor que odiarla, la desprecian y quisieran aniquilarla. Parecen todavía querer confiar sus cadáveres á la bendita tierra de los cementerios cristianos, pero presto serán los primeros en exigir que en los cementerios no aparezca ninguna señal religiosa. Se habrán men-



tido á sí mismo, se habrán excomulgado á sí propios. La reparacion será consumada. Pero ni aun entonces la Iglesia les condenará. Exclamará con san Pablo: «Ha caído, pero no es imposible que se levante; porque Dios es bastante poderoso para levantarle.» *Tu quis es, qui iudicas servum alienum? Dominus suo stat cui obdit. Stabit autem: potens est enim Deus statuere illum.* (Epist. á los Roman.)

Pero, dirán, pues que se pueden salvar fuera de la Iglesia, la Iglesia no es necesaria, la mediacion de Jesucristo no es indispensable. Hablar así sería una blasfemia. Porque la buena fé no excusa solamente de estar fuera de la Iglesia, hace que no se esté fuera de ella y que se pertenezca á su alma; pues que la Iglesia abraza en su sociedad á todo hombre, católico, judío ó gentil, que honra á Dios *segun todo lo que de El sabe* ó puede saber. Es una verdad fundamental de la fé que Jesucristo, cordero inmolado, dice san Juan, desde el origen del mundo, ha muerto por todos los hombres sin excepcion, en todos los tiempos y lugares, de suerte que se puede decir que todos los hombres pertenecen á Jesucristo y son cristianos. San Agustín no ha vacilado en decir: «La misma cosa que se llama ahora religion cristiana existia entre los antiguos y jamás ha dejado de existir, desde el origen del género humano hasta que, habiendo venido en la carne el mismo Jesucristo, se ha comenzado á llamar cristiana la verdadera religion que existia antes.» (*Retract.*, lib. 1, c. xiii, n.º 3.) De lo cual san Justino deducia esta tan consoladora conclusion: JESUCRISTO, EL HIJO ÚNICO, EL PRIMER NACIDO DE DIOS, ES LA SOBERANA RAZON de que todo el género humano participa. Todos aquellos, pues, que han vivido conforme á esta razon son cristianos, aun cuando se les acusara de ser ateos. Todos los hombres que han vivido y viven segun la razon (ignorando invenciblemente la ley evangélica) son verdaderamente cristianos y están al abrigo de todo temor... Al contrario, los antiguos que no han arreglado su vida sobre *las enseñanzas del Verbo* y de la razon eterna, sólo estos son excluidos del cielo.

Pero si la razon y la ley natural bastan, si son todo el Verbo de Dios hablando á nuestra inteligencia y á nuestro corazon por las criaturas y las tradiciones sociales, ¿por qué pedis más al cristiano? ¿Por qué le sujetais á creencias más misteriosas y á prácticas más austeras?

La religion natural es el Verbo de Dios, pero no es todo el Verbo de Dios. Iluminando las inteligencias que vienen á este mundo, el Verbo divino no se ha privado de otras revelaciones más explícitas, de hacerse hombre, de habitar entre nosotros, de mostrarse lleno de gracia y verdad, de proponernos artículos de fé, de confirmar los preceptos antiguos, de darnos otros nuevos, de imponernos la fé en sus misterios, la obediencia á sus mandamientos, por austeros que sean.

Esta doble obligación constituye toda la esencia del cristianismo.

El pagano que pudo ser salvado, porque era fiel á la religion natural, porque estaba en disposicion de buscar la verdad y seguirla tan pronto como se le apareciese, si despues de haber conocido la Revelacion rehusare seguirla, permaneciendo lo que era, no estaria evidentemente en la misma buena fé, y la religion natural no bastaria para salvarle.

Lo que decimos del pagano y del judío se aplica al hereje respecto al catolicismo, y al católico de nombre respecto á la fé viva y práctica.

Todos nosotros somos excusables cuando estamos en el error involuntario, en la ignorancia invencible, en la buena fé. Pero en el momento que rehusamos abrir los ojos á la luz de una verdad más completa, si no hacemos ningun esfuerzo para acabar de conocerla y abrazarla, los lazos que nos unen á Jesucristo y su Iglesia se rompen, y nuestra salvacion queda gravemente comprometida. «Si yo no hubiese venido, dijo Jesucristo, y no hubiese hablado, no tendrian el pecado que tienen, pero ahora no tienen excusa de su pecado. Si yo no hubiese hecho entre ellos las obras que ningun otro ha hecho, no tendrian el pecado



que tienen, pero ahora las han visto y me han odiado á mí y á mi Padre.»

Jesucristo, el Salvador por excelencia, hubiera, pues, venido para perdernos, pues que sin Él seríamos excusables, y por Él nos hemos convertido en culpables de pecado. Esto es un sofisma. La sabiduría eterna, revelándose más completamente en su Encarnación y en su Iglesia, sólo se ha propuesto un designio de bondad. Ha querido hacernos más fácil el acceso á ella, más explícita la fé y más cómoda la virtud. Nos ha proporcionado socorros más poderosos, sin los cuales muchos hubieran permanecido en el desórden; ha vuelto buenos á los malos y perfectos á los buenos; ha hecho hacer á la pobre humanidad progresos evidentes en la verdad y la santidad; la ha dado un valor moral inmenso. Si un gran número se ha obstinado en hacerse más culpable, no es una falta del Bienhechor. Es absolutamente cierto que el número de hombres que se han asegurado la dicha eterna, natural ó sobrenatural, por la simple práctica de la religion natural, con el socorro de la gracia que Dios concede superabundantemente á todas las criaturas, será infinitamente pequeño en comparacion de los que han llegado al cielo por su fidelidad sincera á las enseñanzas y preceptos de Jesucristo. Pero la libertad y la justicia exigen imperiosamente que Jesucristo fuera á la vez principio de resurreccion y de ruina. *Positus est hic in ruinam et resurrectionem multorum.*

Pero si la revelacion evangélica es un tan gran beneficio, ¿por qué todos los hombres no son llamados efectivamente á ella? Lo son. Y para hacerlo comprender mejor, emplearé el lenguaje del R. P. Faber, uno de los más ilustres convertidos de Inglaterra: «Es dulce pensar en la red de amor con que Dios á cada instante circunda á cada alma que creó sobre la tierra. Si ponemos ante nuestra vista el mundo con su geografia pintoresca, con los caprichosos dentellones de sus costas, las prolongadas corrientes de sus fecundas riberas, sus inmensas planicies, sus

vastos bosques, las cadenas de sus cerúleas montañas, nuestro corazon se dilatará, viendo en la creacion las primeras mallas de la red de amor con que Dios envuelve á cada alma humana. Todos, el negociante europeo, el silencioso oriental, el aventurero americano, el grueso hotentote, el pintado salvaje de la Australia, el feroz malayo, todos le tienen á su lado. Obra con cada uno de diferente manera, pero siempre con ternura, indulgencia, generosidad y prodigalidad. Las diferencias entre ellos son innumerables, pero son menos múltiples que las transformaciones de su incesante afeccion. La biografia de sus almas es una milagrosa historia de la bondad de Dios. Si nos fuera dado como lo es probablemente á los bienaventurados, leer estas conmovedoras historias, nos enseñarian casi una nueva ciencia de Dios, tantas luces inesperadas y relumbrantes arrojarian sobre sus diversas perfecciones! La veríamos abrazar hasta el más feroz de los idólatras con los lazos de su amor. La veríamos ocuparse de la perversidad más brutal, del más fanático error, de la más estúpida insensibilidad, y disponer todas las cosas en su favor con la excesiva delicadeza de su amor creador. Pero hay cierta cosa tan admirable y tan aterradora en el torrente de divina luz y en el vasto océano de eterna predileccion con que inunda á su Iglesia, que todo lo que está fuera de ella parece oscuro á los ojos deslumbrados por el brillo de su magnificencia. Nos ciega hasta el punto que no podamos reconocer que las pretendidas tinieblas son una verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.» (FABER, *la Creacion y el Creador*, l. XXV, c. III.) Sí, sin duda; SÓLO EL CUERPO, LA SOCIEDAD VISIBLE DE LA IGLESIA, depositaria de los medios de santificacion, poseyendo en su enseñanza infalible, en sus Sacramentos, en su gobierno espiritual, los instrumentos ordinarios de la salvacion de los hombres, es el POZO DE AGUA VIVA, el paraíso lleno de sabrosos frutos donde las almas se empapan y alimentan, sin temer jamás el hambre y la sed.



Pero ¿cuántos seres racionales vagan en torno de este jardín cerrado, y viven de los perfumes que se exhalan de él bajo el soplo del Espíritu Santo? ¿cuántos reciben por infiltraciones misteriosas algunas gotas de la sangre redentora, y pertenecen así AL ALMA DE LA IGLESIA? ¡Dios lo sabe.

En resumen: todos los hombres están en la Iglesia, en la sociedad de Dios y de su Verbo por la redención, cuyo objeto han sido, cuando aceptan el beneficio, hacen todo el bien que deben hacer y se adhieren á toda la verdad que pueden conocer. De suerte que sólo todos los que, á sabiendas y sistemáticamente, permanecen más atrás de la verdad religiosa cuyo punto de partida está en la ley natural y cuyo apogeo en la ley evangélica, en la santa Iglesia católica, apostólica, romana, son excluidos de la salvación.

Probemos, en fin, que esta vez también, como siempre, la iniquidad se ha mentido á sí misma; que los falsos apóstoles de la tolerancia universal, los más exaltados adversarios de la pretendida intolerancia de la Iglesia, han sido los hombres más intolerantes. Sólo citaremos, dos, Rousseau y Lutero, pero podríamos citar otros mil.

Rousseau ha llegado á decir: «Si alguno da á entender que no cree en la religión del país, sea condenado á muerte.»

Lutero parece ser el eco de los infiernos cuando escribe: «Las almas piadosas que practiquen el bien para ganar el reino de los cielos, no solamente no lo alcanzarán JAMÁS, sino que aun es preciso contarlas entre los impíos. Es más urgente prevenirse contra las buenas obras que contra los pecados... Todas las cosas acontecen por la eterna voluntad de Dios, que destruye el libre arbitrio... Dios crea en nosotros así el mal como el bien. La más alta perfección de la fe es creer que Dios es justo, aunque nos hace *necesariamente condenables* por su voluntad, y *amén que parece complacerse en los tormentos de los desgraciados*... Dios os place cuando corona á los indigentes, es

necesario que os *plaza cuando condena á los inocentes*. Este es el verdadero Evangelio y una inspiración que me ha dado el Espíritu Santo. El emperador, el papa y todos los diablos no osarían innovarlo.» (LUTERO, *De libera arbitrio*, edit. de Jena, tomo II, folio 170.) Y es el de los ilustrados gobiernos que se glorian de ser luteranos. Y por compensación hacen una guerra á muerte á la santa Iglesia de Jesucristo.

Calvino no era menos inhumano: «Todos los hombres no son creados en la misma condición; los unos son destinados de antemano á la vida eterna, los otros á la condenación eterna.» (*Inst.*, lib. XVI, c. XXI, n.º 5.) Sin duda para honrar á su héroe, la Suiza calvinista persigue hasta el exceso y destierra á los inofensivos ministros de la Iglesia católica.

Y ¡qué irritante injusticia que se venga á proscribir, bajo pretexto de intolerancia, la sola Iglesia, á la cual desde hace diez y ocho siglos los judíos, los emperadores romanos, los reyes bárbaros, los emperadores de Alemania, todas las herejías conjuradas, la filosofía, la revolución, etc., no han cesado de gritar: ARJURA Ó MUERES!

LA IGLESIA Y LA CIVILIZACIÓN.—He querido que esta gran tesis fuese defendida y ganada por Su Eminencia el cardenal Pecci, entonces obispo, hoy Su Santidad Leon XIII. Comienzo, pues, el rápido resumen de su bella carta pastoral para la Cuaresma de 1877:

«Si se ridiculiza la palabra de Dios y de aquel que le representa sobre la tierra, es, dicen, la civilización la que lo pide. Es la civilización la que quiere que se reduzca el número de iglesias y que se multipliquen al contrario los lugares de pecado. Es la civilización la que pide teatros sin gusto y sin pudor. En nombre de la civilización se quita todo freno á la usura más desvergonzada y á los lucros deshonestos. También en nombre de la civilización una prensa inmunda corrompe los espíritus, y el arte prostituyéndose mancha los ojos con infames imágenes,



y abre el camino á la corrupcion de las costumbres. A la sombra de una palabra engañosa que se levanta como una bandera venerable, el producto emponzoñado circula libremente, y en medio de los aturdidores rumores, del trastorno de las ideas, parece admitido que si la civilizacion no progresa más rápidamente, que si no alcanza más altos destinos, es por causa de nosotros. Este es el origen de lo que se quiere llamar la LUCHA DE LA CIVILIZACION, pero que más bien se debiera llamar la opresion violenta de la Iglesia. No os admireis, pues, si discurrimos largamente y con preferencia á todo otro objeto sobre esta civilizacion, de modo que os probemos, por pruebas evidentes, que todo el bien cuya expresion es esta civilizacion, nos ha venido en lo pasado de manos de la Iglesia, y que solamente por sus cuidados maternales nos será conservado en lo porvenir...

«Es una verdad efectivamente que el hombre, viviendo en sociedad, debiera ir perfeccionándose bajo el triple punto de vista del bienestar físico, de las relaciones morales con sus semejantes y de las condiciones políticas. Los diferentes grados de este desarrollo sucesivo que alcanzan los hombres reunidos en sociedad, constituyen la civilizacion. Esta civilizacion es naciente y rudimentaria, cuando las condiciones en las cuales se perfecciona el hombre bajo este triple punto de vista, están poco desarrolladas. Es grande cuando estas condiciones son amplias. Seria completa, si todas estas condiciones fuesen colmadas.

«¿Es verdad que la civilizacion no puede dar sus frutos en una sociedad que vive del espíritu de Jesucristo, y en medio de la cual la Iglesia católica hace oír su voz de Madre y Maestra?...

«¿Es verdad que en la Iglesia, y siguiendo sus enseñanzas, el hombre es impedido de llegar, bajo el aspecto del bienestar físico, al grado de civilizacion que le seria posible alcanzar, si fuese libre de todo lazo y de toda dependencia de la Iglesia?...

«¡Ah! ¡cuán fácil nos es responder aqui por las bien conocidas palabras de un escritor no sospechoso de parcialidad por la Iglesia! «Cosa admirable! la religion cristiana, «que parece no tener otro objeto que nuestra dicha en la «otra vida, asegura tambien nuestra felicidad sobre esta «tierra.» (MONTESQUIEU, *Espritu de las leyes*. XXIV. III.)

«Considérase como un origen de prosperidad el trabajo de donde dimanaban las riquezas públicas y privadas, los perfeccionamientos de la materia y los descubrimientos ingeniosos. Pues bien, el trabajo, ya se le considere bajo su forma más humilde, que es el trabajo manual, ya bajo la más noble, que es el estudio de la naturaleza para conocer las fuerzas de ella y aplicarlas á los usos de la vida, ¿quién lo ha animado más que la religion de Jesucristo, la cual se conserva pura é inalterable en la Iglesia? El trabajo ha sido despreciado y lo es todavia allá donde el cristianismo no extiende su benéfico imperio. Aristóteles lo proclamaba bajo; Platon le aplicaba el mismo epíteto. Los obreros, que fueron siempre por parte de la Iglesia el objeto de solicitudes tan afectuosas, ni aun eran mirados por los griegos como dignos del nombre de ciudadanos; eran casi relegados al rango de esclavos. Ciceron despreciaba el trabajo hasta tal punto, que consideraba á los trabajadores y á los jornaleros como bárbaros y gentes de nada. Terencio, testigo ilustrado y fiel de las ideas que eran recibidas y tenían curso en la Roma de su tiempo, da á comprender que para ser respetado y honrado se tenia que llevar una vida ociosa y no estar obligado á trabajar para vivir. Juvenal nos enseña cuál era la ocupacion más querida de los romanos libres: «Humillarse ó «ser insolente con los ricos, para obtener de ellos el pan «y las diversiones sanguinarias.»

«En nuestros dias vemos perpetuarse la misma antipatia en los pueblos privados de la luz del Evangelio. En la India, un brahmin, esto es, un hombre perteneciente á la casta más alta, creeriase manchado, si solamente tocara un paria. Los salvajes de la América del Norte se abs-



tienen del trabajo, que imponen á sus mujeres, tratadas como esclavas ó animales de carga.

«Por confesion de una revista demasiado famosa, *La Revista de ambos Mundos* (tomo LXI, p. 70), aun en medio de nosotros, que hemos llegado á tan gran cultura, el trabajo no es honrado apenas más que por palabras; y mientras que casi todos se inclinan ante el rico, apenas se hace buena cara á aquellos cuyas manos se encallecen al contacto de los instrumentos de trabajo.

«Este estado de cosas desapareció desde que se dejó sentir en el vasto cuerpo de la sociedad el soplo de la religion cristiana.

«Desde luego fué el trabajo honrado como una dignidad sobrehumana, porque Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, quiso ser sometido á un pobre artesano de Galilea, porque él mismo, en el taller de Nazareth, no se avergonzó de manejar con su bendita mano los instrumentos del aprendiz y del obrero.

«Al trabajo quisieron pedir los Apóstoles, enviados por Jesucristo, el sustento de su vida, á fin de no ser una carga para sus hermanos, y aun de poder socorrer á los indigentes.

«Más tarde los Padres de la Iglesia parece no encuentran palabras con que responder á su vivo deseo de recomendar y glorificar el trabajo; lo estiman al más alto precio. San Ambrosio y san Agustin lo exaltan por su utilidad. San Juan Crisóstomo afirma que el trabajo, además de que nos es impuesto como una expiacion, es tambien necesario para fortificar nuestra naturaleza moral. Sólo el trabajo permite al hombre no solamente bastarse á sí mismo, sino tambien acudir en ayuda de sus semejantes. Los monjes del Occidente y del Oriente consagrados particularmente al trabajo y más especialmente á la agricultura, vinieron en seguida á introducirse en la sociedad, á prestar un glorioso y poderoso concurso al bienestar comun. Estos hombres, que se reunian bajo la disciplina de la Iglesia, vivian en tiempos bárbaros y de revueltas, en una

época en que nadie tenia gusto en trabajar, y en la cual quien tenia un brazo robusto pensaba no poderlo emplear mejor que poniéndole al servicio de algun aventurero rapaz, para sembrar por doquiera la ruina y la muerte. Y sin embargo, á pesar de estas condiciones desastrosas, se esparramaron por Europa, que estaba convertida en un desierto, y cambiaron su aspecto, cubriéndola de ricos y florecientes cultivos. ¡Qué ejemplo tan eficaz y provechoso daban estos hombres que, contentos con un pobre vestido, satisfechos de un alimento que bastaba para preservarles de la muerte, suspendian la oracion para ir al campo á desbrozar con el arado la tierra, á la cual confiaban una semilla que en el tiempo de la cosecha debía suministrar pan á los pobres, á los peregrinos, á países enteros! Hacian, además, los mayores esfuerzos para abrir caminos y arrojar puentes, á fin de que las comunicaciones de un país con otro fuesen más cómodas, y el comercio llegase á ser más fácil y seguro. ¡Qué ventajas ha reportado la sociedad de la experiencia de estos hombres que, multiplicando sus trabajos y sus ensayos con una paciencia que nada cansaba, y poniendo sus fuerzas y sus luces en comun, habian logrado desaguar los pantanos, contener por medio de diques los rios, recoger las aguas dispersas para hacerlas servir de riego de las colinas y de los valles, y esto de una manera tan ingeniosa, que, segun la autoridad de un ilustre historiador, los mismos modernos, á pesar de los progresos de las ciencias naturales, tendrian que recibir algunas lecciones de estos antiguos habitantes del claustró!

«Las artes mecánicas y las bellas artes no tuvieran si lo más seguro ni mejor campo para desarrollarse que las iglesias, los palacios episcopales, los monasterios, en los cuales las primeras se debastaron y las segundas arrojaron las luces que más tarde debian convertirse en un esplendor maravillosamente brillante.

«La sociedad en Italia jamás se ha elevado más alla en su vuelo hácia la civilizacion que cuando era animada



por un soplo cristiano, y envuelta toda entera en una atmósfera católica. Venecia, Génova, Pisa, Luca, Florencia y los otros concejos y provincias italianas, mientras fueron respetuosas con la autoridad de la santa Iglesia y llenas de fé, como lo atestiguan las magníficas basílicas y las tan numerosas instituciones de la piedad cristiana, tuvieron un poder que, en atención á los tiempos y á los medios imperfectos de esta época, excedía al de las naciones modernas más florecientes. La Jonia, el mar Negro, el África, el Asia, eran el teatro de las relaciones comerciales y expediciones militares de nuestros antepasados. Hacían importantes y fecundas conquistas, y mientras que por de fuera ondeaban sus banderas rodeadas de temor y honor, en el interior no permanecían inactivos; cultivaban las artes y el negocio, acrecentaban por todos los medios honestos la riqueza pública y privada. Las industrias de lana, seda, platería, vidrios pintados, papelería, en Florencia, Pisa, Bolonia, Milan, Venecia, Nápoles, suministraban á millares y millares de obreros un trabajo lucrativo, que atraía á nuestros mercados el oro y el concurso de los extranjeros.

«Pero la Iglesia no solamente tiene el mérito indiscutible de haber ennoblecido y santificado el trabajo, no solamente ha tenido la gloria de haber impelido á hacer á la sociedad, conducida é inspirada por ella, rápidos pasos en los caminos de la civilización; tiene un mérito más noble, una gloria más pura todavía; es haber contenido á los hombres en una medida razonable, y haber impedido que esta medida no fuese traspasada por un amor excesivo al lucro, de modo que convirtiese en un origen de opresión bárbara lo que, practicado con discreción, es un medio de procurarse ventajas apetecibles y una honrada prosperidad...

«Las escuelas modernas de economía política consideran el trabajo como el fin supremo del hombre, y en el mismo hombre sólo ven una máquina más ó menos preciosa, según es más ó menos *productiva*. De ahí el des-

precio con que se considera la moralidad del hombre. De ahí este indigno abuso que hacen de la pobreza y de la debilidad los que quieren explotarla en su provecho. ¡Qué de llantos y qué solemnes quejas no habreis llegado á oír, aun en los países que son reputados por estar á la cabeza de la civilización, con motivo del número exagerado de horas de trabajo impuestas á los que deben ganar el pan con el sudor de su frente, con motivo de estos pobres niños amontonados en los talleres, en que enferman por causa de demasiado precoces fatigas!...

«A fuerza de tener á los hombres encadenados á la materia, sumidos, absorbidos en ella, se ha hecho desvanecer la vida del espíritu, y estas pobres víctimas del trabajo vuelven á ser paganas...

«Uno se pregunta verdaderamente si estos partidarios de la civilización separada de la Iglesia y sin Dios, en lugar de hacernos progresar, no nos hacen retroceder muchos siglos, volviéndonos á esos tiempos deplorables en que la esclavitud encadenaba una tan gran parte de los hombres, en que el poeta Juvenal exclamaba con dolor que el género humano vivía para el entretenimiento de algunos ciudadanos...

«La Iglesia católica, al contrario, logra endulzar la amargura del trabajo, é interrumpir su dolorosa continuación por el reposo del domingo y las solemnidades cristianas, que vienen de tiempo en tiempo á derramar una alegría religiosa en la vasta familia de los creyentes.

«Entrando en la iglesia á que le llama la voz de la religión, encuentra en ella delicias que en ninguna otra parte le es dado encontrar; las armonías de los santos cánticos embelesan sus oídos; encántanse sus ojos con la vista de los mármoles preciosos, los ricos dorados, las elegantes ornamentaciones, la severidad de las líneas arquitectónicas; pero sobre todo su corazón está conmovido y purificado por las palabras del ministro de Dios, que le recuerdan su redención, sus deberes y sus esperanzas inmortales.

«Más cómo se siente el corazón traspasado, viendo los



domingos y los días de fiesta estos escándalos deplorables: las tiendas abiertas, los artesanos ocupados en sus habituales trabajos, las máquinas siguiendo funcionando, los negocios no abandonados; todos, en fin, privados de cuidar de los asuntos mucho más importantes del alma y de aplicarse al estudio de las verdades que deben llevarnos por los difíciles caminos del tiempo á los destinos ciertos y bienaventurados de la eternidad...

«La ciencia, á fuerza de estudios cotidianos y de hábiles experiencias, se ha apoderado de muchas fuerzas de la naturaleza que ó no eran conocidas del hombre ó escapaban á su dominación. Estas fuerzas empleadas con arte, con ayuda de máquinas ingeniosas, han hecho más rápida la producción, menos costosos los objetos producidos, y por consecuencia más fácil la satisfacción de las necesidades, menos dura la vida á aquellos que no pueden gastar mucho.

«Nada mejor que estos descubrimientos, pero los increíbles han querido servirse de estas nobles y pacíficas conquistas de la ciencia sobre la naturaleza como de un arma para herir á la Iglesia, como si estas conquistas hubieran sido hechas á despecho de ella y contrariando sus deseos...

«Pero en la Iglesia también, al lado del celo por la gloria de Dios, se enciende otro amor no menos poderoso: es el amor por el hombre, el ardiente deseo de verle restablecido en todos los derechos que le ha conferido el Creador...

«La palabra que resonó en la mañana de la creación: «Someted la tierra y dominadla,» nunca ha sido revocada. Si el hombre hubiese permanecido en el estado de inocencia y gracia, hubiera ejercido su dominación sin esfuerzo, la sujeción de las criaturas hubiera sido espontánea; mientras que ahora esta dominación es penosa, aceptando sólo el freno las criaturas forzadas por la violencia. Y la Iglesia, que es madre, no puede hacer más sino que esta violencia sea puesta en práctica, y que el hombre muestre que es verdaderamente el señor y el amo

de la creación. Y en realidad, este rey de las criaturas ejerce su derecho cuando, rasgando los velos que cubren sus posesiones, no deteniéndose en lo que cae ante sus ojos y en lo que palpa con las manos, entra en las mismas entrañas de la naturaleza, recoge los tesoros de fecundidad de las fuerzas que se encuentran en ella, y les hace servir en provecho suyo y en el de sus semejantes.

«¡Cuán bello y majestuoso aparece el hombre cuando alcanza al rayo y lo hace caer impotente á sus piés, cuando llama la chispa eléctrica y la envía mensajera de sus deseos á través de los abismos del Océano, más allá de las abruptas montañas, de las planicies interminables! ¡Cuán glorioso se muestra cuando ordena al vapor que se adhiera á sus espaldas como una especie de alas, y que le conduzca con la rapidez del rayo por mar y por tierra! ¡Cuán poderoso es cuando, por ingeniosos procedimientos, envuelve esta misma fuerza, la aprisiona y la conduce por senderos maravillosamente combinados para dar el movimiento y por decirlo así la inteligencia á la materia bruta, la cual reemplaza de este modo al hombre y le evita las más duras fatigas! Decídme si no hay en él como una chispa de su Creador, cuando evocando la luz eléctrica la hace disipar las tinieblas de la noche y ornar con sus esplendores las dilatadas salas y los palacios. La Iglesia, esta madre afectuosa, que conoce todo esto, está tan lejos de quererle acarrear obstáculos, que á su vista al contrario llénase de gozo y alegría...

«De otra parte, ¿qué razon podría haber para que la Iglesia estuviese celosa de los progresos maravillosos que nuestra edad ha realizado por sus estudios y descubrimientos? ¿Hay en ellos alguna cosa que de cerca ó de lejos pueda perjudicar las nociones de Dios ó de la fe cuya guardia y maestra infalible es la Iglesia? Bacon de Verulam, que se ilustró con el cultivo de las ciencias físicas, escribió que un poco de ciencia aleja de Dios, pero que mucha conduce á Él. Esta palabra de oro es siempre igualmente verdadera, y si la Iglesia se espanta de las rui-



nas que pueden causar los vanidosos que piensan haberlo comprendido todo, porque tienen un ligero conocimiento de todo, está llena de confianza en aquellos que aplican su inteligencia á estudiar seria y profundamente la naturaleza; porque sabe que en el fondo de sus investigaciones encontrarán á Dios, que en sus obras se deja ver con los atributos irrecusables de su poder, de su sabiduría, de su bondad...

«Tales son los pensamientos y los sentimientos de la Iglesia. ¿Por qué, pues, luchar contra ella? ¿Con qué objeto organizarán la lucha? ¿Para arrojar los hombres en el agotamiento de un trabajo tomado como fin supremo, adoptado como un instrumento para elevarse sobre todas las inclinadas cabezas de los otros hombres y sobre sus cuerpos pisoteados? ¡Luchar contra la Iglesia! pero ¿por qué esta lucha? ¿Para confiar el pueblo á las manos de una bondad incierta y fatalmente impotente, arrancándolo del seno de la religion, que inspira y vivifica los prodigios de la caridad divina? ¡Luchar contra la Iglesia! Pero ¿por qué esta lucha? ¿Para borrar la gloriosa historia de la civilizacion cristiana, y restaurar una civilizacion que sólo tuvo bastante brillo y esplendor para permitir que percibiese mejor con su luz las anchas heridas que el hombre tenia en el corazon?... Porque sábese bien que no es la civilizacion verdadera, la cual brota como una flor de las raíces del cristianismo, la que ha sido condenada por el Soberano Pontífice, sino esta cosa bastarda que sólo tiene de civilizacion el nombre, y que es la enemiga pérfida é implacable de la civilizacion legítima...

«La ciencia, en si misma, lejos de ser maldicida por la Iglesia es favorecida por esta. Hay, sin embargo, una que dice con satánico orgullo: «La razon humana es, sin tener cuenta alguna de Dios, el único árbitro de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal; en si misma posee su ley, que basta por sus fuerzas naturales á procurar la dicha de los hombres y de los pueblos...»

«Y bien, los hechos están aquí para demostrar á dónde

nos ha conducido esta lucha insensata emprendida contra la Iglesia en nombre de la civilizacion. De una parte vense multitudes á las cuales se ha quitado toda esperanza del porvenir, todo alivio llevado á infortunio por la fé, y que no se pueden recoger en ninguna parte los goces de la tierra, demasiado pobre por sus codicias y demasiado pródigo de miserias y contrastes; de la otra un corto número de hombres á quienes sonrie la fortuna, que no tienen encendida en su corazon la menor chispa de caridad, ocupados solamente en atesorar y gozar. De una parte, hombres estremeciéndose de desesperacion, que parecen convertidos en salvajes; de la otra goces obscenos, danzas y costumbres paganas que excitan la indignacion del pobre abandonado y provocan los castigos divinos. Ved, pues, lo que nos ha dado, ved lo que nos promete esta guerra declarada á la Iglesia, en nombre de la civilizacion, pero destinada á sumirnos en los errores de la barbarie.

«¿Quién podria negar que el fruto de la civilizacion debiera ser el mejoramiento de las costumbres, el ennoblecimiento y la purificacion de las almas, la cortesia de los modales, la dulzura y la generosidad de las relaciones privadas, domésticas, civiles y políticas? Nadie seguramente querrá negar que el hombre es, no solamente capaz de perfeccion, sino que está obligado á perfeccionarse; y nadie tendrá el valor de no reconocer los progresos hechos en este camino. Todo el mundo creo conviene en esto; pero el desacuerdo renace cuando cierto partido presenta este mejoramiento como incompatible con el cristianismo, ó lo que viene á ser lo mismo, con el magisterio de la Iglesia, hasta tal punto que se organiza la lucha para aniquilarla, como si fuese un peligro y un obstáculo para el progreso que se desea... Y sin embargo, por la constante accion de la jerarquía católica ha sido fundada la civilizacion forzosamente llamada cristiana, nombre que la está tan sólidamente unido, que ni aun los esfuerzos de nuestros tiempos han podido lograr separarlo